

cio en la Invencible Armada; desconsolado después con la pérdida sucesiva de dos esposas y los engaños de muchas hermosas, engañadas también ellas abrazó el estado eclesiástico (1608). Capellan de una congregación establecida para socorrer á los sacerdotes pobres, se le vió con frecuencia recoger en las calles enfermos y cadáveres; fué después por espacio de veinte y siete años director de los familiares del Santo Oficio; lo que no le impidió componer dramas con las mismas pinturas voluptuosas y atrevidas que antes de abrazar su último estado. Su riqueza de invención y su facilidad en espresar sus ideas es prodigiosa. Varias veces un drama de dos mil versos, sembrado de sonetos, tercetos y octavas, no le costaba más de un día; y más de ciento de sus composiciones, «pasaron, como él dice, de la musa al teatro en veinte y cuatro horas,» sin dejar á los directores tiempo para volverlas á leer.

Compuso de esta manera mil ochocientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales (5) además de veinte y un tomos de poesías, de los cuales cinco son poemas épicos, á saber: la *Jerusalén conquistada*, en veinte y un cantos y en octavas; la *Belleza de Angélica*, que cuenta otros tantos; uno sobre Circe, otro sobre María Estuardo, y otro más contra el almirante Drake. Se ha tenido la paciencia de calcular que escribió veinte y un millones y medio de versos; de donde se sigue que desde el principio hasta el fin de su vida tuvo que componer una comedia de tres mil versos cada semana. Con respecto al tiempo necesario para inventar la intriga, leer obras de historia y estudiar las costumbres, no podemos decir de dónde lo sacaba.

Sus obras le produjeron mucho dinero; pero lo gastaba con tanta facilidad como lo ganaba, en actos de beneficencia y en lujo. Le quedó la gloria cuyas dulzuras disfrutó; apiñábanse en las calles para ver al prodigio de la naturaleza, al fénix de los ingenios (CERVANTES), el papa le envió títulos y honores; y cuando murió tres obispos oficiaron en sus funerales, que se repitieron tres días seguidos (6).

Tanta precipitación en producir no permite es-

(5) Sus últimos biógrafos, en particular Damas Hinard, reducen las comedias á 1,500, y los autos á 300. No se han impreso la mitad; y aun la mitad de éstas se ha perdido, tanto que ninguna biblioteca ha podido reunir hasta ahora más de 400.

(6) Fulvio Testi cantaba su muerte de este modo:

Cuanto escribió y cantó todo fué de oro.  
...Y aprendan los poetas en su ejemplo  
Cómo es posible eternizar un nombre  
En versos que no ofendan al decoro.  
¿Solo besos y abrazos Helicon  
Tiene? ¿Solo á Salmacis en la fuente  
Y Adonis en el bosque? Mas perdona,  
Bella Italia, si crees que imprudente  
Mi voz te agravia; porque envilecido

perar de Lope de Vega obras acabadas, tanto más cuanto que se complace en aumentar las dificultades con acrósticos, giros de palabras, ecos y otras dificultades de trabajo, pero de mal gusto, que no exigen génio sino tiempo. No podemos, no obstante, considerar en él la ingenuidad de una inspiración sin cultura, pues él mismo dice: «Los extranjeros sabrán que en España las comedias no siguen las reglas del arte. Yo las he hecho como las he encontrado; y de otro modo no hubieran sido comprendidas.» Y añade:

«No porque yo ignorase los preceptos  
Gracias á Dios...  
Mas porque al fin hallé que las comedias  
Estaban en España en aquel tiempo.  
No cómo sus primeros inventores  
Pensaron que en el mundo se escribieran,  
Mas cómo las trataron muchos bárbaros  
Que enseñaron al vulgo sus rudezas,  
Y así se introdujeron de tal modo  
Que quién con arte ahora las escribe  
Muere sin fama y sin galardón...  
Verdad es que yo he escrito varias veces  
Siguiendo el arte que conocen pocos;  
Mas luego que salir por otra parte  
Veo los monstruos de apariencias llenos  
Adonde acude el vulgo y las mujeres  
Que este triste ejercicio canonizan  
A aquel hábito bárbaro me vuelvo.  
Y cuando he de escribir una comedia  
Encierro los preceptos con seis llaves,  
Saco á Terencio y Plauto de mi estudio  
Para que no me den voces, que suele  
Dar gritos la verdad en libros mudos...  
Lo trágico y lo cómico mezclado  
Y Terencio con Séneca, aunque sea  
Como otro Minotauro de Pasiphae  
Harán grave una parte otra ridícula:  
Que aquesta variedad deleita mucho:  
Buen ejemplo nos da naturaleza  
Que por tal variedad tiene belleza.»

Con tal que haya unidad de acción y no episodios tales que puedan separarse de ella sin destruir todo el edificio, deja al poeta en libertad de poner en escenas aun historias que duren muchos años.

«Cosa que tanto ofende á quien lo entiende,  
Pero no vaya á verlas quien se ofende.  
¡Oh! cuantos de este tiempo se hacen cruces  
De ver que han de pasar años en cosas

El toscano cantar, por la lascivia  
Que ya en todas las plumas se ha ingerido,  
Es hoy virtud mostrar torpes y rudas  
Las Musas, prostitutas y desnudas.

*Saqueo de Mantua.* En las bodas de Margarita Farnesio y Francisco II de Este.

Que un día artificial tuvo de término  
Que aun no quisieron darle el matemático;  
Porque considerando que la cólera  
De un español sentado no se templó  
Si no le representan en dos horas  
Hasta el juicio final desde el Génesis;  
Yo hallo, que si allí se ha de dar gusto  
Con lo que se consigue es lo más justo...  
Y escribo por el arte que inventaron  
Los que el vulgar aplauso pretendieron,  
Porque como las paga el vulgo, es justo  
Hablarle en necio para darle gusto (7).

¿Dónde está aquí la noble independencia del genio? ¿dónde la inspiración piadosa, buscando á través del laberinto de la vida el hilo único que puede indicar el camino? Y sin embargo, tan estremada riqueza de invención, tan espléndida representación, tan ardiente imaginación, un lenguaje tan poético y aquellas chispas de genio que ningún arte puede producir, revelan en Lope de Vega el verdadero poeta. Estudia la historia de su país, no para sacar de ella verdaderos dramas, sino para adoptar los hechos propios para sus intrigas, que son cuentos puestos en diálogos, mezclados de serio y ridículo, de vulgar y sublime, de sencillo y extraordinario, sin intención de instruir ó criticar, sino con objeto de mantener el alma atenta é interesarle. Aun no se había doblegado la independencia del carácter español ante los austriacos, y el sentimiento de la dignidad del hombre, tan profundo en los hechos castellanos, prevalecía sobre la tiranía, que por otra parte, ni sabía, ni se atrevía, ni quería todavía valerse de medios violentos de opresión. Lope dice que á Felipe II no le agradaba que sacasen los reyes á la escena, y sin embargo, sacó á cuantos había tenido España, incluso el mismo Felipe.

Algunos caracteres genéricos se reproducen continuamente como las máscaras italianas, tales son: el barba, el galán, la dama, el criado, la criada, y sobre todo el gracioso, personaje indispensable en el drama español. El gracioso es la antítesis del galán, así como Don Quijote es la antítesis de Sancho: este valiente y enamorado, todo galantería y flores, se halla siempre á dar fortuna y vida por su honor y su amor; aquél, ser esencialmente positivo, sólo piensa en vivir y en cubrir las necesidades de la vida, hace el amor á tres ó cuatro doncellas á la vez, y templó el idealismo de su señor con su buen sentido práctico, y á veces excita la risa, y á veces inclina el ánimo á serias reflexiones. Cuando, por ejemplo, el galán invita al gracioso á que le siga á la guerra, le responde:

MANRIQUE.—Podrá ser  
que vaya, mas será ver  
por tener más que decir,

(7) *Arte nuevo de hacer comedias.*

no á matar, quebrando en vano  
la ley en que vivo y creo,  
pues allí explicar no veo,  
que sea moro ni cristiano,  
no matar dice, y los dos  
esto me vereis guardar,  
que yo no he de interpretar  
los mandamientos de Dios (8).

Los demás caracteres que presenta Lope se resentían de poco estudiados ó mal desarrollados, siguiendo por lo general la regla tan en boga entonces de que *El amor todo lo disculpa*: abundan además en sus dramas las traiciones, las truhanerías, los duelos y asesinatos: en los asuntos religiosos intercala alegorías, y fué gran partidario de los golpes escénicos y de los espectáculos maravillosos.

Yo nunca he podido comprender el verdadero sentimiento religioso amalgamado con el odio, la cólera ó las pasiones ardientes y satisfechas, aun cuando es cierto que esto es preferible al fatalismo material del teatro antiguo, y al materialismo del moderno (9): en Lope no se hallarán ciertamente las vacilaciones de la conciencia, ni la duda más leve sobre la naturaleza de las acciones humanas, ni en los desenlaces nada que sea contrario á la moral, sino una vivacidad continua é irreflexiva, bien distinta por cierto de la amargura, que en épocas críticas experimentaron los hombres de corazón y que tan palpablemente se ve en Shakspeare.

Lope, lleno de gloria durante su vida, y aun de dinero, si hemos de dar crédito á algunos de sus biógrafos (10), dedicó una comedia á su hijo de quince años de edad, que es uno de sus primeros trabajos, encabezándola con esta carta: «Y si por vuestra desdicha, vuestra sangre os inclinara á hacer versos (cosa de que Dios os libre), advertid que no sea vuestro principal estudio, porque os

(8) *A secreto agravio secreta venganza, de Calderón.*

(9) F. Schlegel, en su admiración por la más romántica de las literaturas, encuentra la de España, «severa, moral, religiosa, aun cuando no se trate inmediatamente de moral y religión. Nada que pueda dañar el modo de pensar, confundir el sentimiento ó estraviar la razón. En todas partes un mismo espíritu de honor, costumbres severas y fe sólida.» *Hist. de la literatura*, lección XI. Los hechos desmienten la crítica.

(10) Montalban asegura que ganó 800,000 reales sólo con sus comedias: Bouterweck cree que Lope poseyó 100,000 ducados. Damas Hinard, su último biógrafo y traductor de muchos dramas españoles (*Chefs d'œuvres du théâtre espagnol*, Paris 1842-44), calcula que sus mil quinientas comedias á 500 reales (L. 130) importan 195,000 pesetas á las que agregando 60,000 por regalos de los grandes señores y 2,000 de rentas y beneficios, llegaría á juntar al año 15,000 pesetas que hoy equivaldrían á 25,000. Pero no tuvo presente al hacer esta cuenta, que esta suma no la pudo adquirir de una vez, si bien no hizo mención del valor de sus demás obras.



puede distraer de lo importante, y no os dará provecho. Tened en esto templanza; no sepais versos de memoria ni los digais á nadie, que mientras menos tuviéredes desto, tendreis más de opinion y juicio, y en esta materia lo que os importa es seguir vuestros estudios sin esta rémora; no busqueis, Lope, ejemplo más que el mio, pues aunque vivais muchos años, no llegareis á hacer á los señores de vuestra patria tantos servicios como yo, para pedir más premio, y tengo, como sabeis, pobre casa, igual cama y mesa, y un huerterillo, cuyas flores me divierten cuidados, y me dan concetos. Librareis con esto de que os conozcan, que por la opinion de muchos es gran desdicha, y así tenía por geroglífico un hombre docto de este tiempo, un espejo en un árbol á quien unos muchachos tiraban piedras con esta letra *periculosus splendor*. Yo he escrito novecientas comedias, doce libros de diversos sugetos, prosa y verso, y tantos papeles sueltos de varios sugetos, que no llegará jamás lo impreso á lo que está por imprimir; y he adquirido enemigos, censores, asechanzas, envidias, notas, reprensiones y cuidados, perdido el tiempo preciosísimo, y llegado á la *non intellecta senectus*, que dijo Antonio, sin dejaros más que estos inútiles consejos. Esta comedia, llamada el *Verdadero Amante*, quise dedicaros por haberla escrito de los años que vos teneis; que aunque entonces se celebraba, conocereis por ella mis rudos principios: con pacto y condicion que no la tomeis por ejemplar para que no os veais escuchado de muchos y estimado de pocos. Dios os guarde.»

**Calderon, 1601-81.**—Después de haber seguido don Pedro Calderon de la Barca la carrera militar, llegó á ser, como poeta de la corte, favorito de Felipe IV. Alabó al príncipe que tan mal llevaba los restos destrozados del manto de Carlos Quinto, y procuró distraerle de sus fastidiosos ocios; aduló á todos los grandes que le pagaban; no cambió de costumbres cuando fué ordenado sacerdote; y colmado de honores llegó á una avanzada ancianidad (11). Comenzó su carrera á la edad de trece años con el *Carro del cielo*, y la concluyó á la de ochenta y uno con *Hado y divisa*. Tiene por cualidades una riqueza admirable, una invencion inagotable en caracteres, detalles, pinturas, sentimientos, una poesía tan pronto sublime como patética, todo echado á perder con frecuencia por la afectación y lo difuso. Por lo demás, si Calderon y los demás poetas no incurrían en lo trivial, es porque tienen la felicidad de escribir en una lengua en la que se puede ser natural y sencillo, sin ser vulgar, en atención á que los términos más familiares pertenecen también á la lengua poética.

Calderon tenía á la vista la decadencia de su

(11) El día de la traslación de las cenizas de Calderon, el 18 de abril de 1841, se representó por la tarde, *A secreto agravio secreta venganza*.

nacion, y se resintió de ella; pues no encontrando ejemplos vivos de virtud y de generosidad, tuvo que recurrir á lo ideal; pero incurre con frecuencia en lo falso exagerando el vicio y la virtud, añadiéndole un lenguaje afectado lleno de pretenciosas metáforas (12). Por lo demás, también la idea dominante en Calderon es el honor, pero le exagera: como pensador, anatematiza las preocupaciones; como poeta halla bellezas en ella (13). Es aun

(12) En *Amar despues de la muerte*, don Alvaro Tuzani, uno de los mogros sublevados en las Alpujarras, halla á su amada herida por un español y agonizando:

CLARA. Sólo una voz ¡ay bien mio!  
pudo nuevo aliento darme,  
pudo hacer feliz mi muerte:  
deja, deja que te abrace,  
muera en tus brazos, y muera... (Muere.)

D. ALV. ¡Oh cuánto, cuánto ignorante  
es quien dice que el amor  
hacer de dos vidas sabe  
una vida!—pues si fueran  
esos milagros verdades,  
ni tú murieras, ni yo  
viviera, que en este instante  
muriendo yo y tú viviendo  
estuviéramos iguales.

Cielos, que visteis mis penas;  
montes, que mirais mis males;  
vientos, que oís mis rigores;  
llamas, que veis mis pesares;  
¿cómo todos permitís  
que la mayor luz se apague,  
que la mejor flor se os muera,  
que el mejor suspiro os falte?  
Hombres que sabeis de amor,  
advertidme en este lance,  
decidme en esta desdicha:  
¿qué debe hacer un amante  
que viniendo á ver su dama  
la noche que ha de lograrse  
un amor de tantos días,  
bañada la halla en su sangre,  
azucena guarnecida  
del más peligroso esmalte,  
oro acrisolado al fuego  
del más riguroso exámen?  
¿Qué debe aquí hacer un triste  
que el tálamo que esperarle  
pudo, hallar túmulo, donde  
la más adorada imagen  
que iba siguiendo Deidad  
viene á conseguir cadáver? etc.

(13) En *A secreto agravio* dice el marido ofendido:

¡Ay honor! mucho me debes  
juntate á cuentas conmigo;  
¿qué quejas tienes de mí?  
¿en qué, dime, te he ofendido?  
¿al heredado valor  
no he juntado el adquirido,  
haciendo la vida en mí  
desprecio al mayor peligro?  
¿Yo, por no ponerte á riesgo  
toda mi vida no he sido,

más ignorante en historia que Shakspeare (14), y no teme abordar los hechos contemporáneos; de esta manera es como en el *Sitio de Breda* pone en

con el humilde, cortés,  
con el caballero, amigo,  
con el pobre, liberal,  
con el soldado bien quisto?  
Casado (¡ay de mí!), casado  
¿en qué he faltado? ¿en qué he sido  
culpado? ¿no hice elección  
de noble sangre, de antiguo  
valor? y ahora á mi esposa  
¿no la quiero? ¿no la estimo?  
Pues si yo en nada he faltado;  
si en mis costumbres no ha habido  
acciones que te ocasionen,  
con ignorancia, ó con vicio,  
¿por qué me afrentas? ¿por qué?  
¿en qué tribunal se ha visto  
condenar al inocente?  
¿hay sentencia sin delito?  
¿informaciones sin cargo?  
¿y sin culpas hay castigo?  
¡Oh locas leyes del mundo!  
¡que un hombre que por sí hizo  
cuanto pudo para honrado  
no sepa si está ofendido!  
Que de ajena causa ahora  
venga el defecto á ser mio  
para el mal, no para el bien,  
pues nunca el mundo ha tenido  
por las virtudes de aquél  
á éste en más? ¿Pues por qué (digo  
otra vez) han de tener  
á éste en menos, por los vicios  
de aquella que fácilmente  
rindió alcázar tan altivo  
á las felices lisonjas  
de su liviano apetito?  
¿Quién puso el honor en vaso  
tan frágil? etc.

Y en el *Alcalde de Zalamea*, Pedro Crespo, dice:

Que cuando en los pueblos miro  
muchos que á reñir enseñan  
mil veces entre mí digo:  
«Aquesta escuela no es  
la que ha de ser, pues colijo  
que no ha de enseñarse á un hombre  
con destreza, gala y brio  
á reñir, sino á porqué  
ha de reñir; que yo afirmo  
que si hubiera un hombre solo  
que enseñara prevenido,  
no el cómo, el por qué se riñe,  
todos le dieran sus hijos.

(14) Compárese la severidad de Sismondi, *Literatura española*, con la admiración de Schlegel que le llama poeta y artista grande y divino. En boca de san Ildefonso que floreció en el siglo VII, pone estas palabras:

La docta cosmografía  
Que midió la tierra y cielo  
En cuatro partes divide  
El globo del universo.

escena á Espinola, á Nassau y otros personajes vivos.

Las ciudades encomendaban á un autor el auto sacramental que debía ejecutarse el día del *Corpus Domini*; y Madrid tuvo depositada su confianza en Calderon por espacio de muchos años, lo que le proporcionó la honra de que acudiesen á él con igual objeto las demás antiguas capitales de los reinos españoles.

**Autos sacramentales.**—Los autos sacramentales son menos complicados que los dramas, y están llenos de cuestiones teológicas. En uno que escribió sobre el pecado original, figuran el Hombre, el Pecado y el Diablo: luego intervienen en el diálogo la Tierra y el Tiempo; después aparecen la Justicia y la Misericordia de Dios bajo un dosel, y sentadas á una mesa con todo lo necesario para escribir. Entonces el hombre es interrogado judicialmente: el príncipe Dios se adelanta; el remordimiento, de rodillas, le presenta una solicitud: el hombre es interrogado nuevamente por Dios y absuelto, pero el Diablo protesta. Después el Hombre lucha con la Locura y la Vanidad; Cristo vuelve á aparecer con su corona de espinas, se remonta al cielo entre divinas armonías, y cuando se halla próximo á su trono, cae el telon.

Figurémonos todo esto sazonado con largos argumentos teológicos, expresados en distintas formas, y se comprenderá á primera vista que nada hay que esté más lejos de la idea que del teatro tenemos. Para divertir al pueblo comenzaban las representaciones con una *Loa* ó prólogo alegórico y jocoso: los intermedios se amenizaban con sainetes, que tenían por asunto una idea cómica ó un hecho de la vida comun, tanto más indecoroso, cuanto era más serio el auto; por ejemplo, en un auto sobre la fiesta del Santísimo, entra el Celo y anuncia que en la plaza de la Bienaventurada Virgen se vende vino nuevo del heredero del reino del cielo: á tres maravedises, fe, esperanza y caridad.

Después anuncia la fama una cosa semejante. En el intermedio, algunos estudiantes, durante la fiesta del Santísimo, entran en casa de un doctor, y mientras uno le expone un proceso cómico, el otro le roba. Los alguaciles les siguen, pero cuando los alcanzan, les encuentran de rodillas, rezando la letanía. Alcanzados nuevamente, se confunden entre los penitentes, pero siempre para evitar la justicia, acuden á las ceremonias religiosas; y al fin el doctor robado, para consolarse, acepta la invitación que le hacen de tomar parte en la fiesta.

Africa, América y Asia  
Son las tres, de que no tengo  
Necesidad: Herodoto  
Las describe con un ingenio.  
La cuarta parte es Europa, etc.

En las *Armas de la belleza*, Coriolano está enamorada de Veturia, la cual con sus gracias le disuade de hacer lo guerra á su patria.



La *Devocion de la Cruz*, traducida por Schlegel como la obra maestra de Calderon, es en efecto una de las comedias en que más abundan las bellezas de concepto, expresion y efectos escénicos. El protagonista, que es sienés, refiere su historia de este modo:

Yo no sé quién fué mi padre;  
pero sé que mi primera  
cuna fué el pie de una Cruz  
y el primer lecho una piedra.  
Raro fué mi nacimiento,  
segun los pastores cuentan,  
que de esta suerte me hallaron  
en la falda de estas sierras.  
Tres días dicen que oyeron  
mi llanto, y que á la aspereza  
donde estaba no llegaron  
por el temor de las fieras,  
sin que alguna me ofendiese:  
¿pero quién duda que era  
por respeto de la Cruz  
que tenia en mi defensa?  
Hallóme un pastor, que acaso  
buscó una pérdida oveja  
en la aspereza del monte,  
y trayéndome á la aldea  
de Eusebio, que no sin causa  
estaba entonces en ella,  
le contó mi prodigioso  
nacimiento, y la clemencia  
del cielo asistió á la suya;  
mandó en fin que me trajeran  
á su casa, y como á hijo  
me dió la crianza en ella.  
Eusebio soy de la Cruz,  
por su nombre y por aquella  
que fué mi primera guía  
y fué mi guarda primera.  
Tomé por gusto las armas,  
por pasatiempo las letras:  
murió Eusebio, y yo quedé  
heredero de su hacienda.  
Si fué prodigioso el parto  
no lo fué menos la estrella  
que enemiga me amenaza  
y piadosa me reserva.  
Tierno infante era en los brazos  
del ama, cuando mi fiera  
condicion, bárbara en todo,  
dió de sus rigores muestra;  
pues con solas lus encias  
no sin diabólica fuerza  
partí el pecho de quien tuve  
el dulce alimento, y ella  
del dolor desesperada  
y de la cólera ciega  
en un pozo me arrojó,  
sin que ninguno supiera  
de mí: oyéndome reir  
bajaron á él, y encuentran

que estaba sobre las aguas,  
y que con las manos tiernas  
tenia una Cruz formada  
y sobre los labios puesta.  
Un día que se abrasaba  
la casa, y la llama fiera  
cerraba el paso á la vida  
y á la salida la puerta,  
entre las llamas estuve  
libre, sin que me ofendieran;  
y advertí después, dudando  
que haya en el fuego clemencia  
que era día de la Cruz.  
Tres lustros contaba apenas  
cuando por el mar fui á Roma,  
y en una brava tormenta  
desesperada mi nave  
chocó en una oculta peña,  
en pedazos dividida  
por los costados abierta;  
abrazado de un madero  
salí venturoso á tierra,  
y este madero tenia  
forma de Cruz. Por las sierras  
de esos montes caminaba  
con otro hombre, y en la senda  
que dos caminos partia  
una Cruz estaba puesta.  
En tanto que me quedé  
haciendo oracion en ella,  
se adelantó el compañero,  
y después dándome priesa  
para alcanzarle, le hallé  
muerto á las manos sangrientas  
de bandoleros. Un día  
riñendo en una pendencia  
de una estocada caí,  
sin que hiciese resistencia  
en la tierra, y cuando todos  
pensaron hallarla ajena  
de remedio, sólo hallaron  
señal de la punta fiera  
en una Cruz que traia  
el cuello, que en mi defensa  
recibió el golpe. Cazando  
una vez por la aspereza  
de este monte, se cubrió  
el cielo de nubes negras,  
y publicando con truenos  
al mundo espantosa guerra,  
lanzas arrojaba en agua,  
balas disparaba en piedras.  
Todos hicieron las hojas  
contra las nubes defensa,  
siendo ya tiendas de campo  
las ocultas malezas;  
y un rayo que fué en el viento  
caliginoso cometa,  
volvió en cenizas á los dos  
que estaban de mí más cerca.  
Ciego, turbado y confuso

vuelvo á mirar lo que era,  
y hallé á mi lado una Cruz  
que yo pienso que es la mesma  
que asistió á mi nacimiento  
y la que yo tengo impresa  
en los pechos.

Unese Eusebio á una cuadrilla de asesinos, pero en medio de sus crímenes, conserva su ardiente devocion á la Cruz; cuando asesina á un hombre, coloca una Cruz al lado de su cadáver; algunas veces la presencia de la Cruz detiene su brazo en el momento de ir á derramar sangre; y las víctimas perdonadas le ruegan que no muera sin confesion. Aparece Julia, su hermana desconocida, al mismo tiempo que su amada; la cual obligada por su padre á tomar el velo, abre paso á Eusebio para que penetre en su celda; pero éste al ver la Cruz que hay sobre su pecho, evita los abrazos que tanto habia deseado; ella, por seguirle, abandona el convento disfrazada de hombre, y llega á ser más desalmada y cruel que él, y no menos devota. Después de mil desastres y de cometer innumerables crímenes, Eusebio es perseguido, y estando á punto de caer en manos de los soldados que conduce su mismo padre, logra salvarse. La escena representa un pais salvaje, rodeado de precipicios, y Eusebio aparece herido en la cima de una roca; llega su padre, le reconoce y muere. Muere sin confesion, por lo que no puede dársele sepultura en sagrado, y los aldeanos que hallaron su cadáver, le arrojan entre las malezas. Mas de repente se oye un grito sordo y una voz que dice: *¡Alberto!* Alberto es un pobre fraile, que volvía de Roma, el cual se apresura á acudir donde le llaman, y removiendo las malezas, descubre el cadáver que se levanta y se confiesa en medio del silencio y el terror de los espectadores, y una vez absuelto, vuelve á su tumba.

«Tanto con el cielo puede  
de la Cruz la devocion.»

Un gracioso hace de tercero en esta horrible escena.

Julia, perseguida tambien, llega de improviso y á punto de sufrir el castigo de sus iniquidades, contempla aquel milagro, descubre que es hermana de Eusebio, y se abraza á la Cruz que hay en la tumba de aquél, prometiendo restituirse al convento y llorar sus extravíos. Se despoja de sus vestidos de hombre y aparece con su hábito de monja, arrodillada ante la Cruz que desprendiéndose del suelo se eleva y la eleva allí donde la justicia humana no llega y empieza la divina; Eusebio, meciéndose sobre las nubes, la tiende los brazos radiante de alegría.

Esta obra fué representada en Alemania, y es indecible el entusiasmo con que fué acogida; Hoffman estuvo extasiado durante su representacion, que basta á dar una idea del talento de su autor; además de abundar en efectos mecánicos de gran mérito, abunda en bellezas de primer orden; pero la razon no se da por satisfecha con vanas fantasías.

Corneille, contemporáneo suyo, representaba la antigüedad y la filosofía uniendo la historia antigua á la política moderna, se diría que, en una época de orden y no de crisis. Calderon está separado del autor francés por siglos, tan fiel es á la civilizacion católica, igualmente distante del dogmatismo griego y de la duda moderna. Su pensamiento más habitual es el triunfo de la fe y del arrepentimiento, que transforma en santos á los criminales más endurecidos. No ofrece, pues, á las miradas, como los antiguos y Shakspeare, una catástrofe en la que el hombre perece enteramente, sino en la que es conducido á una trasformacion espiritual, á una nueva vida que se desarrolla cuando lo demás concluye.

Emancipado en su ancianidad de la obligacion de adular al rey y de obedecer sus caprichos, no quiso hacer más que autos sacramentales, pero la feroz y supersticiosa religion que le inspira no puede menos de ser reprobada, como no puede menos de repudiarse el conjunto de mitologia cristiana que se encuentra en ellos. En vano se buscaria el culto del arte que eleva á tan grande altura á ciertos escritores, cuando quisieron resumir en una obra de predileccion el secreto de su modo de sentir y su poder.

La mayor parte de los imitadores trataron de reproducir su inagotable fecundidad, sin poseer su genio, y el teatro quedó reducido á comedias semejantes á las que el arte producía sin estudio ni trabajo serio en Italia. Agustín Moreto rivalizó con Calderon, y le fué tal vez superior en intrigas y jocosidades. Parece haber sido el primero que hizo comedias de carácter ó de figuras.

El padre Gabriel Tellez, olvidado por Schlegel y por Sismondi, dió bajo el seudónimo de Tirso de Molina, varias composiciones en las que escede á los mejores escritores por su animacion y jovialidad, á cuyas cualidades lo sacrifica todo. Rojas sólo cede á Calderon y Moreto en el estilo, y su *García del Castañar* es considerado por algunos como el mejor drama español.

Después de la muerte de Felipe IV, que se habia manifestado protector de las letras, y en cuyo reinado habia más de cuarenta compañías dramáticas que componian cerca de mil personas, la reina mandó no se diesen representaciones hasta que su hijo estuviese en edad de encontrar diversion en ellas (1679). Esta medida produjo la ruina de los teatros; y cuando se casó el jóven rey apenas pudieron reunirse tres compañías de cómicos. El historiador Antonio de Solís fué el único que sostuvo el honor del teatro, y con él concluyó el esplendor del arte dramático español, cuyas producciones han sido tan explotadas por los extranjeros.

El teatro español fué una mina fecunda para los autores franceses (15); bastará citar el *Cid*, *Hera-*

(15) Voltaire confiesa que desde Luis XIV hasta su



lio y *Don Sancho de Aragon*, de Pedro Corneille, el *Venceslao* de Rotrou, la *Princesa de Elida*, el *Convidado de Piedra* y *D. Garcia de Navarra*, de Molière, todas las obras de Tomás Corneille y las primeras de Quinault. No sería preciso más para demostrar el mérito de un teatro que como el de Inglaterra se conservó nacional y moderno, al paso que por todas partes, aun en los países que fue restaurado por grandes maestros, no se hizo más que colocar en el trono al arte antiguo.

En medio de tan gran riqueza de comedias, los españoles no tuvieron tragedias verdaderas, escepto las que tomaron de otras partes. Boscán fué el primero que dió el ejemplo traduciendo el Eurípides. Fernando Perez de Oliva escribió después (1520) dos tragedias á imitación de la *Sofonisbe* del Trisino, que se representaron en 1570; y fray Gerónimo Bermudez dió en Madrid, bajo el nombre de Antonio de Silva, la *Nisa lastimosa* y *Nisa laureada*, cuyas desgracias y la venganza de Inés de Castro habian proporcionado el argumento. Otros caminaron por sus huellas pero sin originalidad. Habiéndose introducido más tarde el gusto á la poesía francesa, á ella fué á la que se sujetó la imitación. Pero puede decirse que sólo en nuestro siglo es cuando Cienfuegos, Quintana y Martínez de la Rosa han dado en España tragedias que propiamente le pertenecen.

**Ercilla, 1533-1596.**—Esceptuando á los autores dramáticos, los demás poetas españoles manifestaron más dulzura en los versos y más pureza en el estilo que vigor de imaginación. En el espacio de medio siglo aparecieron más de veinte y cinco poemas casi todos en honor de Carlos Quinto, obras estériles y medianas como la adulación. El único que pasó los Pirineos fué la *Araucana*, de don Alonso de Ercilla. El autor era de Madrid, y como los demás poetas españoles tuvo una vida muy agitada. A la edad de veinte y dos años se embarcó para el Perú con objeto de hacer allí la guerra á los araucanos, que habiendo sacudido el yugo español, habian vuelto á establecer el gobierno de los diez y seis caciques en tiempo de paz, y una especie de dictadura en la guerra, cuyo arte habian aprendido en la escuela de sus enemigos. Marchando contra ellos concibió Ercilla la idea de cantar aquella misma expedición; y en medio de las fatigas de una campaña, escribió sus versos en pedazos de papel ó cuero. Después de la victoria volvió á España á la edad de treinta años con doce cantos de su poema, meciéndose en las esperanzas de gloria que sonrien á esta edad; pero Felipe II no tuvo en consideración ni sus versos ni su valor. Creyó Ercilla vencer la indiferencia de sus contemporáneos añadiendo una segunda parte á su

época, los franceses han tomado de los españoles cerca de cuarenta composiciones dramáticas. Cervantes decía: «No hay en Francia hombre ni mujer que descuide aprender la lengua castellana.»

poema, y adulando bajamente al sombrío tirano de España; pero ni este medio ni una tercera parte que compuso después le sacaron de la miseria y de la oscuridad. Cesó, pues, de cantar para pensar en la salvación de su alma.

Ni la posteridad le hizo justicia, á pesar de que Voltaire en la reseña de las epopeyas le ensalzó, quizá porque era desconocido, y no por otra cosa; su poema es una historia fría y prolija, escrita sin imaginación ni colorido local, arte para distribuir ni discernimiento para escoger; aunque es tan rica de amor nacional como pobre de entusiasmo poético y de dición, y confusa por la multitud de nombres propios que emplea. Caupolican, jefe de los araucanos, sosten de su patriotismo, hace la guerra con la grandeza enérgica de un salvaje, sucumbe al fin, recibe el bautismo y la muerte con la misma impasibilidad. Pero Ercilla ignora el arte de interesar vivamente en favor de la constancia que lucha contra fuerzas enemigas superiores y contra el ambicioso fanatismo de los castellanos. No sabe tampoco manifestar en los conquistadores el valor individual de aventureros corriendo á aquella expedición, no con la obediencia ciega de los soldados, sino con la sed de la ganancia, animados de un proselitismo guerrero y sanguinario. Los episodios están laboriosamente unidos á la acción, y el dibujo no está matizado nunca de colores que le sean propios; sus jardines encantados recuerdan los de Arcadia y Nápoles. Una jóven salvaje, Glaura, hace á Ercilla relación de sus amores en el lenguaje de una dama española. El mismo Ercilla, para distraer el fastidio de una larga marcha, cuenta á los soldados los amores de Dido y Eneas, que ocupan dos cantos; discute sobre su verdad, sobre el anacronismo que se ha permitido Virginio, y sobre los derechos que tiene Felipe II á la corona de Portugal.

Dejamos para el siglo siguiente el espectáculo de la pomposa decadencia y de la muerte artificial de los gongoristas. Bastará observar por ahora que los españoles se ensayaron en poesía en todos los géneros; pero en la prosa no tuvieron un gran filósofo, un sabio eminente (y lo que es más difícil de explicar), un gran predicador. Es la razón que la inquisición detenía el vuelo del pensamiento: mientras que el mundo se lanzaba al camino del porvenir, en España se retrocedía á lo pasado y se entregaban á las discusiones escolásticas, de las que nunca salió nada grande. La unidad católica que se habia conservado allí, fué impotente para devolver la vida á lo que moría en otras partes en la duda.

Porque la depresión nacional llegó hasta el extremo de hacer olvidar la grandeza patria; la abundancia de materiales, de hechos grandiosos que referir, hizo que se descuidase el modo de referirlos; ninguno emprendió la tarea de escribir la historia de una literatura, en la que no es menos variado el arte, que estraña la serie de vicisitudes de los autores; y olvidando los españoles que habian

sido los primeros en Europa á lanzar la lengua por campos no conocidos, renegaron de los altos ejemplos de otra edad, y siguieron las huellas de los extranjeros. ¡La última bajeza en que puede caer una nación es olvidar sus propias glorias y sus propias miseria!

Sin embargo, cumple notar que la decadencia de la literatura española fué debida más bien á los efectos desastrosos de la política que introdu-

jo en la península la dominación de dinastías extranjeras, que el descuido de los españoles en el cultivo de las letras. Además, en pueblo donde se van sacando todas las fuentes de su vida, se agostan igualmente todas las flores de las bellas artes, se marchitan tambien ya en embrión aquellos ótimos frutos que el arte produce tambien cuando la vida de la inteligencia circula libremente por todas partes.

## CAPITULO XL

## LITERATURA ESPAÑOLA

CAPELLA DE DON FELIPE II  
 P. A. R. I.